

mento exclusivo de este dogma; la niega en el orden político, proclamando máximas que contradicen la solidaridad de los pueblos. Entre ellas merecen una mención especial la que consiste en proclamar el principio de no intervención, y aquella otra, que la es correlativa, según la cual cada uno debe mirar por sí y ninguno debe salir de su casa para cuidar de la ajena. Estas máximas idénticas entre sí no son otra cosa sino el egoísmo pagano sin la virilidad de sus odios. Un pueblo adoctrinado por las doctrinas enervantes de esta escuela llamará á los otros extraños, porque no tiene fuerza para llamarlos enemigos.

La escuela liberal y racionalista niega la solidaridad familiar, por cuanto proclama el principio de la aptitud legal de todos los hombres para obtener todos los destinos públicos y todas las dignidades del Estado, lo cual es negar la acción de los ascendientes sobre sus descendientes, y la comunicación de las calidades de los primeros á los segundos por transmisión hereditaria. Pero al mismo tiempo que niega esa transmisión, la reconoce de dos maneras diferentes: la primera, proclamando la perpétua identidad de las naciones; y la segunda, proclamando el principio hereditario en la monarquía. El principio de la identidad nacional, ó no significa nada, ó significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talentos y de aptitudes entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las presentes y las futuras; y esta misma comunidad es de todo punto inexplicable, si no se la considera como el resultado de nuestra transmisión hereditaria. Por otra parte, la monarquía hereditaria, considerada como institución fundamental del Estado, es una institución contradictoria y absurda allí en donde se niega el principio de la virtud de transmisión de la sangre, que es el principio constitutivo de todas las aristocracias históricas. Por último, la escuela liberal y racionalista, en su materialismo repugnante, da á la

riqueza que se comunica, la virtud que niega á la sangre que se trasmite. El mando de los ricos la parece más legítimo que el mando de los nobles.

Vienen en pos de esta escuela efímera y contradictoria las escuelas socialistas, las cuales, concediéndola todos sus principios, la niegan todas sus consecuencias. Las escuelas socialistas toman de la racionalista y liberal la negación de la solidaridad humana en el orden político y en el orden religioso: negándola en el orden religioso, niegan la transmisión de la culpa y de la pena, y además la pena y la culpa; negándola en el orden político, toman de la escuela socialista y liberal el principio de la igual aptitud de todos los hombres para obtener los destinos y las dignidades del Estado; pasando empero más adelante, demuestran á la escuela liberal que ese principio lleva consigo en buena lógica la supresión de la monarquía hereditaria, y que esta supresión lleva tras sí la supresión de la monarquía, que no siendo hereditaria, es una institución inútil y embarazosa. En seguida demuestran, sin grande esfuerzo de razón, que, supuesta la igualdad nativa del hombre, esa igualdad lleva consigo la supresión de todas las distinciones aristocráticas, y por consiguiente la supresión del censo electoral, en el cual no se puede reconocer esa virtud misteriosa de conferir los atributos soberanos, habiéndosele negado á la sangre, sin una contradicción evidente. Los pueblos, según los socialistas, no han salido de la servidumbre de los Faraones para caer en la de los asirios y babilonios, ni están tan desnudos de derecho y de fuerza, que vayan á dar consigo en las manos de los ricos rapaces, después de haber salido de las manos de los nobles insolentes. Ni les parece ménos absurdo negar la solidaridad de la familia para venir á reconocer en seguida que una nación es solidaria. Aceptado por ellos el primero de estos principios, niegan absolutamente el segundo como contradictorio del primero; y así como proclaman la perfecta

igualdad de todos los hombres, proclaman tambien la igualdad perfecta de todos los pueblos.

De aquí se deducen las siguientes consecuencias: Siendo los hombres perfectamente iguales entre sí, es una cosa absurda repartirlos en grupos, como quiera que esa manera de reparticion no tiene otro fundamento sino la solidaridad de esos mismos grupos, solidaridad que viene negada por las escuelas liberales como origen perpétuo de la desigualdad entre los hombres. Siendo esto así, lo que en buena lógica procede, es la disolucion de la familia: de tal manera procede esta disolucion del conjunto de los principios y de las teorías liberales, que sin ella aquellos principios no pueden realizarse en las asociaciones políticas. En vano proclamareis la idea de la igualdad; esa idea no tomará cuerpo mientras la familia esté en pié. La familia es un árbol de este nombre, que en su fecundidad prodigiosa produce perpétuamente la idea nobiliaria.

Pero la supresion de la familia lleva consigo la supresion de la propiedad como consecuencia forzosa. El hombre, considerado en sí, no puede ser propietario de la tierra, y no puede serlo por una razon muy sencilla: la propiedad de una cosa no se concibe sin que haya cierta manera de proporcion entre el propietario y su cosa; y entre la tierra y el hombre no hay proporcion de ninguna especie. Para demostrarlo cumplidamente, bastará observar que el hombre es un sér transitorio, y la tierra una cosa que nunca muere y nunca pasa. Siendo esto así, es una cosa contraria á la razon que la tierra caiga en la propiedad de los hombres, considerados individualmente. La institucion de la propiedad es absurda sin la institucion de la familia; en ella ó en otra que se la asemeje, como los institutos religiosos, está la razon de su existencia. La tierra, cosa que nunca muere, no puede caer sino en la propiedad de una asociacion religiosa ó familiar que nunca pasa: luego, suprimida implícitamente la asocia-

cion doméstica, y explícitamente la asociacion religiosa, á lo ménos la monástica, por la escuela liberal, procede la supresion de la propiedad de la tierra, como consecuencia lógica de sus principios. Esta supresion de tal manera va embebida en los principios de la escuela liberal, que ha comenzado siempre el período de su dominacion por apoderarse de los bienes de la Iglesia, por la supresion de los institutos religiosos y por la de los mayorazgos, sin advertir que apoderándose de los unos y suprimiendo los otros, bajo el punto de vista de sus principios, hacia poco; bajo el punto de vista de sus intereses, en calidad de propietaria, hacia demasiado. La escuela liberal, que de todo tiene ménos de docta, no ha comprendido jamás que siendo necesario, para que la tierra sea susceptible de apropiacion, que caiga en manos de quien pueda conservar su propiedad perpétuamente, la supresion de los mayorazgos y la expropiacion de la Iglesia con la cláusula de que no pueda adquirir, es lo mismo que condenar la propiedad con una condenacion irrevocable. Esa escuela no ha comprendido jamás que la tierra, hablando en rigor lógico, no puede ser objeto de apropiacion individual, sino social, y que no puede serlo, por lo mismo, sino bajo la forma monástica ó bajo la forma familiar del mayorazgo; las cuales, bajo el punto de vista de la perpetuidad, vienen á ser una misma forma, como quiera que una y otra subsisten perpétuamente. La desamortizacion eclesiástica y civil, proclamada por el liberalismo en tumulto, traerá consigo en un tiempo más ó ménos próximo, pero no muy lejano si atendemos al paso que llevan las cosas, la expropiacion universal. Entonces sabrá lo que ahora ignora: que la propiedad no tiene razon de existir sino estando en manos muertas, como quiera que la tierra, perpétua de suyo, no puede ser materia de apropiacion para los vivos que pasan, sino para esos muertos que siempre viven.

Cuando los socialistas, despues de haber negado la fa-

milia como consecuencia implícita de los principios de la escuela liberal, y la facultad de adquirir en la Iglesia, principio reconocido así por los liberales como por los socialistas, niegan la propiedad como consecuencia última de todos estos principios, no hacen otra cosa sino poner término dichoso á la obra comenzada cándidamente por los doctores liberales. Por último, cuando despues de haber suprimido la propiedad individual, el comunismo proclama al Estado propietario universal y absoluto de todas las tierras, aunque es evidentemente absurdo por otros conceptos, no lo es si se le considera bajo nuestro actual punto de vista. Para convenirse de ello, basta considerar que, una vez consumada la disolucion de la familia en nombre de los principios de la escuela liberal, la cuestion de la propiedad viene agitándose entre los individuos y el Estado únicamente. Ahora bien: planteada la cuestion en estos términos, es una cosa puesta fuera de toda duda que los títulos del Estado son superiores á los de los individuos, como quiera que el primero es por su naturaleza perpétuo, y que los segundos no pueden perpetuarse fuera de la familia.

De la perfecta igualdad de todos los pueblos, deducida lógicamente de los principios de la escuela liberal, sacan los socialistas, ó saco yo en nombre suyo, las siguientes consecuencias. Así como de la perfecta igualdad de todas las familias que componen el Estado, saca la escuela liberal por consecuencia lógica la no existencia de la solidaridad en la sociedad doméstica, del mismo modo, y por la misma razon de la perfecta igualdad de todos los pueblos en el seno de la humanidad, resulta la negacion de la solidaridad política. No siendo solidaria la nacion, es fuerza negarla todo aquello que se niega lógicamente de la familia, en la suposicion de que no es solidaria. De la familia no solidaria se niega, lo primero, aquel vínculo secretísimo y misterioso que la enlaza en el tiempo con los tiempos pasados y con los tiempos

futuros; y como consecuencia de esta negacion, se niega de ella, la segundo, que tengan su derecho imprescriptible á participar de las glorias de sus ascendientes, y la virtud de comunicar á sus descendientes algun reflejo de su gloria. Arguyendo por identidad de razon, es fuerza negar de una nacion no solidaria lo que no siendo solidaria se niega de la familia; de donde se sigue que es fuerza negar de ella, por una parte, que tenga nada que ver con el tiempo pasado y con el venidero; y por otra, que tenga el derecho de reivindicar una parte de las glorias pasadas y el de atribuirse una parte de las glorias futuras. Lo que se niega de la familia, da por resultado lógico la destruccion en el hombre de aquel apego al hogar que constituye la dicha de la asociacion doméstica; por identidad de razon, lo que se niega de la nacion, da por resultado forzoso la destruccion radical de aquel amor á su pátria, que levantando al hombre sobre sí mismo, le impulsa á acometer con intrépido arrojo las empresas más heróicas.

Por donde se ve que de estas negaciones se sacan para la sociedad doméstica y para la política estas consecuencias: la solucion de continuidad de la gloria; la supresion del amor de la familia, y del patriotismo, que es el amor de la pátria; y por último la disolucion de la sociedad doméstica y de la sociedad política, las cuales ni pueden existir, ni pueden concebirse sin ese enlace de los tiempos, sin la comunión de la gloria, y sin estar asentadas en aquellos grandes amores.

Las escuelas socialistas, que si bien son más lógicas que la escuela liberal, no lo son tanto como á primera vista parece, no van de consecuencia en consecuencia hasta nuestra última conclusion, que es, sin embargo, supuestas sus premisas, no solo procedente, sino de todo punto necesaria; la prueba de que lo es, está en que los socialistas, apremiados por la lógica, lo que no quieren ser en teórica, eso mismo son en la práctica. En la teórica son todavía france-

ses, italianos, alemanes; en la práctica son ciudadanos del mundo, y como el mundo, su patria no tiene fronteras. ¡Insensatos! Ellos ignoran que donde no hay fronteras, no hay patria; y que donde no hay patria no hay hombres, aunque haya por ventura socialistas.

Entre los partidos que contienden por la dominacion, al más lógico le corresponde de derecho la victoria: este, que es un principio verdadero, es á un mismo tiempo un hecho universal y constante. Humanamente hablando, el Catolicismo debe sus triunfos á su lógica; si Dios no le llevara por la mano, su lógica le bastaria para caminar triunfante hasta los últimos remates de la tierra. Esto aparecerá más claro en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO; CONTRADICCIONES SOCIALISTAS.

Si hay una verdad demostrada en nuestro último capítulo, esa verdad consiste en afirmar que la escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van á parar á las consecuencias socialistas, y que las escuelas socialistas no han hecho otra cosa sino sacar las consecuencias que están contenidas en las premisas liberales: esas dos escuelas no se distinguen entre sí por las ideas, sino por el arrojo. Viniendo planteada de esa manera entre ellas la cuestion, es claro que la victoria toca de derecho á la más arrojada; y la más arrojada es, sin ningun género de duda, la que, no parándose en la mitad del camino, acepta con los principios sus consecuencias. Siendo esto así, dicho se está, y de nuestro anterior capítulo aparece suficientemente demostrado, que el socialismo lleva lo mejor de la batalla, y que en definitiva suyas son las palmas de este combate.

De la fuerza de lógica, de que ha hecho muestra y parada en sus contiendas con la escuela liberal, se ha seguido para la escuela socialista cierto renombre de lógica y consecuente, que si bien está hasta cierto punto justificado, está